

EL INTERMEDIARIO IMPOSIBLE. ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A EPISTEMOLOGÍA Y ÉTICA EN LA INVESTIGACIÓN CUALITATIVA¹.

THE IMPOSSIBLE INTERMEDIARY. SOME REFLECTIONS ON EPISTEMOLOGY AND ETHICS IN QUALITATIVE RESEARCH.

Jose Antonio Cerrillo Vidal

Instituto de Estudios Sociales Avanzados (IESA/CSIC)

Resumen.- La posición ética del investigador cualitativo es una de las más comprometidas del campo científico. Por una parte, como científicos debemos cumplir los requisitos de rigor, formalización y análisis del campo, es decir tendemos a *objetivar* a los sujetos estudiados. Además, nos vemos obligados a responder ante los financiadores de nuestras investigaciones, principalmente el Estado y el mercado, lo que inserta nuestro trabajo en estrategias de poder. Por otro lado, las características de nuestra metodología, especialmente el contacto directo con los sujetos que estudiamos, dificultan el distanciamiento moral, nos empujan a cuestionar nuestros métodos, conocimientos y el papel de la investigación cualitativa. Esta tensión entre nuestros deberes morales y materiales, entre nuestros métodos, conocimientos y planteamientos éticos, impiden que nos situemos en la cómoda posición del *intermediario*: la figura moderna que sustituye la responsabilidad moral por la competencia técnica. Todo ello conduce a paradojas de difícil, si no imposible, solución para la investigación cualitativa. En este artículo examino las principales y propongo algunas soluciones provisionales para las mismas. En síntesis, considero que esta difícil posición ética y epistemológica es la característica central de la investigación cualitativa y el motor que nos invita a seguir reflexionando sobre nuestras prácticas de investigación.

Palabras clave.- *Reflexividad, acción moral, resistencias, paradojas de la investigación cualitativa, ética narrativa, imágenes dialécticas.*

Abstract.- The qualitative researcher's ethical position is one of the most committed of the scientific field. On the one hand, as scientists we must satisfy the requirements of rigor, analysis and formalization of the field, i.e. we tend to *objectify* the studied subjects. In addition, we are compelled to respond to the funders of our research, especially the state and market, which inserts our work into strategies of power. On the other hand, the characteristics of our methodology, especially direct bonding with the subjects we study, difficult moral distancing, pushing ourselves to question our own methods, knowledge and the role of qualitative research. This tension between our moral duties and materials, our methods, knowledge and ethical considerations, prevent us from placing ourselves at the comfortable position of the *intermediary*: the modern figure which replaces the moral responsibility for the technical competence. This leads to paradoxes that are difficult, if not impossible, to solve for qualitative research. In this paper I examine the main ones and present some provisional solutions for them. In summary, I believe that this difficult epistemological and ethical position is the main feature of qualitative research and the engine that invites us to reflect further on our research practices.

Keywords.- *Reflexivity, moral action, resistances, paradoxes of qualitative research, narrative ethics, dialectical images.*

Por mucho que queramos seguir mirando hacia otro lado, todos sabemos, como mínimo desde que Horkheimer escribiera su más famoso artículo (1968), que en la ciencia toda elección metodológica y epistemológica es también una elección moral. Nuestra producción, la producción científica, nunca es neutral. Cada hipótesis implica una *toma de posición* frente al mundo; cada elección de una práctica metodológica con la que construir el objeto de estudio implica, a su vez, una hipótesis de partida sobre ese mismo objeto; y por supuesto, ni unas ni

¹ Agradezco al profesor Jesús Gutiérrez Brito sus valiosos comentarios y la inspiración para escribir este artículo.

otras son ajenas a sus contextos de partida (incluido, por supuesto, *quién financia* el estudio) y al hecho de que sus resultados tendrán efectos -mayores o menores- en el universo. Ninguna de las decisiones que tomamos en el proceso de investigación es ajena a la red de relaciones en la que estamos insertos por el mero hecho de ser humanos, y por consiguiente seres sociales. A los científicos sociales les viene preocupando, principalmente, la dimensión epistemológica, gnoseológica de este problema: el estatuto de la verdad, la posibilidad del conocimiento objetivo. Pero la toma de decisiones en la investigación social, como cualquier otra decisión en todo ámbito de la vida, conlleva también toda una serie de consecuencias, muchas de ellas probablemente *no previstas*, que plantean un abanico de problemas de resolución no menos compleja. Y que, aunque suene a jerga existencialista pasada de moda, cada vez resulta más difícil ignorar. Al menos para mí.

Pese a sus innegables excesos, ésta ha sido en mi opinión la gran aportación del difuso movimiento postmoderno al pensamiento: poner en cuestión la validez de todo conocimiento, revelar su carácter histórico y construido, la inseparable vinculación entre los juegos de saber y los de poder. Sin embargo, ahora que el fragor de las *Science Wars* está llegando a su final (Blanco Merlo 2001), parece que un cierto cientismo de raigambre positivista emerge victorioso, como queriendo despertar del mal sueño postmoderno. Ahí está para demostrarlo el auge de la *rational choice*, que no sólo aguantó desde la trinchera de la economía académica todas las pertinentes críticas que se le arrojaron, sino que ahora se lanza a la conquista de las restantes ciencias sociales. Por eso, en el presente momento histórico, es importante no cerrar en falso estas "otras" dimensiones de la investigación científica, recuperarlas e ir más allá del callejón sin salida del nihilismo postmoderno. De nada sirve reprimirlas pues, como bien sabía Freud, lo reprimido siempre reaparece de otra forma.

Como investigador social que trabaja fundamentalmente en el marco de la metodología cualitativa, me es imposible ignorar los problemas éticos que se derivan de mi trabajo cotidiano. Ya lo dijo Jesús Ibáñez (1985): mientras que en el paradigma cuantitativo el investigador puede esconderse detrás de su aparato metodológico, en la perspectiva cualitativa (o estructural, por emplear su terminología) el contacto con el objeto es tan estrecho que tal camuflaje resulta imposible. En la metodología cualitativa aplicamos una especie de gigantesco microscopio a la vida social. Lo que antes conocíamos vagamente, sólo como nombres, como tipos o modelos, como información, resulta que tiene rostro, de repente cobra vida. Ayer La Bahía de Algeciras era sólo un lugar en un mapa, un referente vago del que apenas había oído rumores, noticias sobre droga, contrabando, inmigración ilegal. Hoy la conozco en toda su cálida y al tiempo terrible densidad sociohistórica: los conflictos y contradicciones que desgarran a la población que vive en ella, las aspiraciones truncadas, el miedo al futuro. Mi supuesto objeto de estudio deja de ser algo frío y muerto y pasa a existir para mí en toda su plenitud. Ya nunca más me será ajena. Y me hace pensar en todos los lugares que conozco tan poco como antes conocía La Bahía de Algeciras, y concluyo que el mundo es, efectivamente, ese lugar infinito del que nos habla Serres (1995). Y me veo obligado a repensar cómo veo el universo, y por consiguiente cómo lo investigo. Y vuelvo a La Bahía, y pienso no sólo en las condiciones de mi observación, sino en el contenido de mi informe, en las consecuencias que traerá, en mi cliente, en la gente de la Bahía que ahora conozco y que ya no puedo simplemente ignorar o desterrar al olvido.

Mi objeto, por tanto, ya no es tan objeto. Y yo, desde luego, ya no soy el sujeto que era. La dichosa letanía del sujeto-en-proceso se hace realidad en mi propia carne. Nos empuja a un alto grado de reflexividad acerca de nuestras prácticas de investigación, algo en lo que Ibáñez coincide con Pierre Bourdieu (Rodríguez Victoriano 2004). Aprovecharé pues para plasmar algunas reflexiones que, al respecto, llevaba madurando desde hace algún tiempo. Reflexiones nacidas de mi trabajo cotidiano como sociólogo *practicante* de la metodología cualitativa, pero que refieren a esa frontera en la que ética y epistemología se tocan. Reflexiones que, adelante, no llegarán a una conclusión definitiva, y que en buena medida tomarán más forma de interrogante que de respuesta concluyente. En parte quizá porque la idea misma de reflexión implica, como la propia metodología cualitativa, un carácter abierto e inacabado. Pero también, o quizás sobre todo, porque no tengo, y seguramente nadie tenga, la solución a tales cuestiones. A pesar de todo, espero poder ordenarlas lo suficiente como para que el lector me acompañe y hasta dialogue conmigo al leerlas.

A tal fin, seguiré el siguiente *itinerario* en las páginas que siguen, que como podrá comprobarse se corresponde con los niveles de reflexividad metodológica propuestos por Jesús Ibáñez (1985:24). Comenzaré indagando en las dudas que, en mi labor investigadora, me han surgido en torno al *papel del investigador* (es decir, mi propio papel), respecto a los sujetos-objetos investigados. A continuación centraré mi atención en las posibilidades ético-epistemológicas de la práctica de la investigación cualitativa, examinando en particular las aportaciones de Walter Benjamin, Richard Rorty y T.W. Adorno. Después pasará a discutir las *determinaciones materiales* que contextualizan (es decir, que a la vez *posibilitan* y *acotan*) nuestra acción investigadora, y por tanto también nuestras elecciones. El camino llegará a un punto de descanso, *provisional* por supuesto, dedicando un espacio final a las conclusiones que haya extraído de este viaje que ahora comienzo.

1. El Investigador y el Investigado: ¿Resistencia Legítima?

Siguiendo a Paul Ricoeur (1984:96), Jesús Gutiérrez Brito (2004:86) denomina *resistencias* a "unas prácticas comunicativas distorsionantes que dificultan o impiden la comunicación con la realidad social investigada". En otras palabras: las resistencias son las barreras que se alzan entre el investigador cualitativo y la verdad del sujeto-objeto de estudio. Parece adecuado comenzar por este punto mis vagabundeos. Más aún, éste es uno de los puntos que más inquietud me ha generado en mi modesta trayectoria científica. Por eso, me dispongo a abrir la *caja negra*, un *strip-tease* metodológico, o más bien *tecnológico*, en tanto refiere al "cómo se hace" de la investigación (Ibáñez 1985: 24).

Todos los investigadores cualitativos disponemos de un arsenal de estrategias y trucos para garantizar la obtención rigurosa de nuestra materia prima: los discursos sociales. En la fase del diseño procuramos *informarnos previamente* de la idoneidad de los entrevistados o participantes en dinámicas grupales, en mi caso incluso documentalmente si me es posible. A la hora de *contactar* con ellos, intentamos informarles debidamente de los motivos por los que han sido seleccionados, de la dinámica de la técnica, etc. a fin de derribar la lógica desconfianza de quien no está familiarizado con la investigación cualitativa (razón por la cual prefiero contactar yo mismo, al menos las entrevistas). No está de más permitir, en la medida de lo viable, que sean ellos quienes fijen la fecha de la entrevista: se trata de causarles el menor grado de problemas posibles.

Mientras preparamos la entrevista o grupo, *escogemos un lugar apropiado*, cómodo, poco ruidoso, pero procurando que sea neutral, no demasiado cargado de sentido (por ejemplo, si entrevistamos a un activista de movimientos sociales lo ideal es no realizar la entrevista en el local del grupo al que pertenece). Muchos de nosotros, entre los que me incluyo, procuramos *adaptarnos a la situación* lo máximo posible: no es lo mismo entrevistar a un alcalde, a un obrero de la construcción, un ama de casa o un ingeniero; lo que es apropiado para unos puede ser ineficiente, innecesario y hasta contraproducente para otros. Por ello, intentamos jugar con el vestido (más elegante o más informal según el entrevistado) y acomodarnos siempre a los códigos de los sujetos.

Una vez metidos en faena, tratamos de generar un ambiente cómodo (a lo que una buena selección del espacio ayuda enormemente). Comenzamos explicando cómo funciona la técnica, aunque como sabemos en los grupos es deseable que no se explicité demasiado ni el funcionamiento de la dinámica grupal ni el tema que realmente se está estudiando, puesto que el discurso no surgiría espontáneamente al estar los participantes demasiado predispuestos, lo que probablemente los empujaría a discursos más "políticamente correctos", más propios del lenguaje objeto. En su lugar se les propone un tema más amplio o cercano, esperando que el que nos interesa tratar aparezca en el libre desarrollo de la discusión (Callejo 2001:115-18; Ibáñez 1986a:575). A continuación pediremos permiso para grabar la conversación, tratando de tranquilizar a los entrevistados lo máximo posible para que reduzcan el habitual rechazo y ansiedad que provocan las grabadoras, garantizándoles siempre que todo lo que digan es estrictamente confidencial y utilizable sólo a fines del estudio.

Mientras conducimos la entrevista o el grupo, intentamos modular nuestro *lenguaje corporal* para crear diferentes efectos en el entrevistado o en el grupo. A veces es mejor contenerse y resultar tan inexpresivo como sea posible, por ejemplo al comienzo de los grupos de discusión. En las entrevistas en cambio, personalmente prefiero una intervención más activa: sonrío, asiento, pongo cara de interés, frunzo el ceño... Por mi experiencia, se trata de acciones poco costosas pero muy productivas, que además tienen la virtud de no orientar el discurso del sujeto, siempre claro está que se utilicen de un modo *no directivo* (por ejemplo, tendiendo a sancionar positivamente con gestos las respuestas que encajan con nuestras hipótesis). Intentamos también gestionar correctamente *los silencios*, dejar que sean los entrevistados quienes los rompan, considerarlos una parte integral de la propia comunicación.

Asimismo, intentamos tocar los *temas problemáticos* con la mayor delicadeza posible. Cualquier investigador cualitativo con un mínimo de experiencia y perspicacia sabe identificarlos rápidamente. El grupo o el entrevistado pasa por ellos de puntillas, comienza a sentirse incómodo, a cambiar de tema². Cuando, con mucho tacto, se redunda en el tema, enseguida comprobaremos si el sujeto desea seguir por ese camino o nos hemos topado con una auténtica resistencia. En un sentido parecido, debemos manejar con toda la precisión que podamos las *contradicciones en el discurso del sujeto*. Cuando percibimos una (lo cual no siempre es sencillo, pues a menudo la relación con el sujeto nos reclama tanta concentración que nos impide captarlas hasta el análisis del discurso) se la reflejamos con toda la prudencia de la que somos capaces, evitando que se sienta humillado o examinado. No en vano, a nadie nos gusta que nos digan que nos contradecimos. Sin embargo, la potencialidad de estas contradicciones para la comprensión de los discursos es enorme, no podemos dejarlas pasar así como así. De ahí que al gestionarlas redoblemos nuestra cautela.

Hasta aquí, y de modo muy resumido, las herramientas que pongo en juego para vencer las resistencias de los sujetos y hacer que emerja, del modo más puro posible, el diamante en bruto del discurso. Herramientas que a buen seguro serán muy familiares para los demás investigadores cualitativos, similares a las que ellos mismos emplean. Porque si es posible hablar de fiabilidad y validez en la metodología cualitativa, es en este punto: *tratar de que el sujeto exprese su discurso de un modo no orientado ni dirigido*³. La gran debilidad de la perspectiva cualitativa es, a mi entender, la imposibilidad de una formalización de sus procedimientos⁴, o al menos para hacerlo sin perder la que, al tiempo, es su gran ventaja respecto a los métodos cuantitativos y los experimentales: su capacidad de comprensión de los contextos de producción del sentido por parte de los sujetos sin someterlos a construcciones *ex ante* procedentes de la perspectiva del investigador (Gutiérrez Brito 2001: 123; Callejo 2002:410-11, 421), con el cuestionario como ejemplo paradigmático. De no ser así, la metodología cualitativa perdería su especificidad, la diferencia del conocimiento que produce (significativo, intenso, profundo) respecto al resto de metodologías científico-sociales. Empero, esto la hace endeble, oscura e incluso dependiente del investigador que la practica: de su capital simbólico en la comunidad científica, su legitimidad y el "aura" de "genio" o "artista" interpretador (Castro Nogueira y Castro Nogueira 2001:168-69). Una paradoja de difícil solución. Por eso, necesitamos valernos de estas estrategias que, al menos, garanticen que nuestros métodos son capaces de registrar con la mayor fidelidad posible el discurso de los

² A veces se puede llegar a confundirnos, puesto que quizá sea algo de lo que, en realidad, el sujeto realmente sí quiere hablar, pero le resulta embarazoso o doloroso, o cree que realmente no nos interesa y se siente avergonzado. Sin embargo, en la mayor parte de las ocasiones es sencillo diferenciar este tipo de situaciones de las que realmente provocan rechazo en el sujeto.

³ Es habitual en la tradición cualitativa considerar que la fiabilidad y la validez se consiguen a partir de comparación externa, principalmente a través del mecanismo de triangulación (ver por ejemplo Golafshani 2003). Como afirman Morse et. al. (2002), considero en cambio que, sin negar la utilidad de los mecanismos externos, el propio investigador cualitativo debe responsabilizarse de la validez y fiabilidad de sus estudios en el mismo proceso de investigación. Para un planteamiento intermedio entre ambos ver Konecki 2008.

⁴ Castro Nogueira y Castro Nogueira (2001:166-70), también apuntan en un sentido similar, citando además otros dos factores que explicarían esta debilidad estructural de la metodología: la inexistencia de un consenso teórico sobre la epistemología que lo fundamenta; y la brecha existente entre las complejas construcciones teóricas de las que pretende dar cuenta (representaciones sociales, imaginario, etc.) y las dinámicas prácticas de la metodología. Comparto sus posturas, pero me inclino a considerar la expuesta en el texto como la causa más importante del inevitable "carácter blando" de la metodología cualitativa.

sujetos-objetos de estudio (Gutiérrez Brito 2001). Es decir, de vencer las resistencias que éstos nos ofrecen.

Ahora bien, aceptando lo anterior, es decir, que estrategias como las que he expuesto son imprescindibles para avalar la fiabilidad y validez de las prácticas cualitativas en tanto que capaces de captar los discursos de los sujetos sociales, *¿no suponen la creación de una nueva distancia entre el investigador (yo) y los sujetos estudiados?* Efectivamente, en todas las estrategias tecnológicas que aplico para vencer las resistencias de los sujetos *estoy siempre por encima y por delante de los sujetos que investigo*. Las medias verdades, la ocultación de datos (sobre los temas, los clientes, la dinámica de las prácticas), la creación de ambientes (que no dejan de asemejarse a verdaderos juegos de *seducción*) e incluso el voyeurista espionaje que practico cuando me documento (que llega a su paroxismo en las investigaciones fundamentadas en datos secundarios, por ejemplo tomando discursos circulantes en Internet)... Se trata de estrategias encaminadas a que el discurso de los sujetos entrevistados surja por sí mismo, sin apelar a mis propios constructos. Algunas de ellas son directamente imprescindibles para que las prácticas cualitativas funcionen. Pero sin duda, producen una *desigualdad* entre ellos y yo, una separación entre el investigador y el investigado, quizá incluso un nuevo *aparato* desde el que me escondo. Llevando esta reflexión al extremo puede que hasta pudiéramos hablar de una modalidad de lo que Bourdieu (1997:169-84) llamaba *violencia simbólica*: una eufemización, llevada a cabo a partir de prácticas sutiles, de los procesos de dominación simbólica, por los que legitimamos -justificamos- la dominación en las mentes de los dominados, en este caso los fines del investigador en el sujeto investigado. En todo caso es indiscutible que existe una *distribución desigual de la información entre unos y otros* que en sí es ya problemática. Si la dimensión formalización-opacidad/dependencia del carisma del investigador nos enfrenta a una paradoja epistemológica de difícil, si no imposible, solución para la metodología cualitativa, esta cuestión supone para mí un dilema ético todavía más complejo.

Así pues, *¿hasta qué punto está justificada la puesta en práctica de todas las estrategias que hacen funcionar a las prácticas cualitativas?* Dicho de otro modo, *¿hasta qué punto son legítimas las resistencias del sujeto?* Al fin y al cabo, los investigadores no dejamos de ser elementos extraños, nos inmiscuimos en la vida cotidiana de la gente para *vampirizar* sus discursos para fines que no les conciernen y que a lo sumo repercutirán en ellos *indirectamente*, bajo la mediación de nuestro informe y el uso que de él hagan quienes lo encargaron. Estamos ante una *asimetría estratégica escondida tras una simetría disfrazada* (Rodríguez Villasante 1995:415-16): le hacemos creer a los agentes que estamos en su mismo plano, pero en realidad *tienen siempre las de perder*: el investigador siempre estará "moviendo los hilos" antes y después de la realización de la práctica de investigación, y en buena medida también durante la realización de la misma (Ibáñez 1986a:573).

Porque además, como todos sabemos, la vida del grupo o la entrevista se prolonga más allá del momento de su ejecución. Una vez registrado el discurso, cierro la intervención de los sujetos en la investigación. Sus palabras pasan a ser *objetivadas* en el análisis, trianguladas con otros discursos, troceadas, interpretadas, utilizadas para la construcción de tipologías. Casi como si no tuviesen legitimidad por sí mismas, como si necesitasen la mediación del investigador. Supuestamente, las prácticas cualitativas han nacido con la irrupción de las masas en la historia, con el reconocimiento de sus perspectivas como portadoras de una verdad tan legítima como las de las elites ilustradas (Atkinson y Silverman 1997; Valles 2001:12-13). Sin embargo, en la perspectiva cualitativa de investigación lo corriente es que esa participación de las masas en la deliberación sobre sus propias condiciones de vida *se cierre tras la realización de la práctica*, privando a los sujetos investigados la posibilidad de apropiarse del plusvalor reflexivo generado en el proceso. Lo que es más, les privamos de la posibilidad de replicar nuestras interpretaciones, salvo en casos excepcionales.

2. Posibilidades Éticas de la Metodología Cualitativa

De las tres principales perspectivas de investigación definidas por Jesús Ibáñez (1986b), la cualitativa o estructural es la que se enfrenta a los mayores dilemas éticos. Incapaz de escudarse en la *cosificación* racionalizada de los datos estadísticos, como sucede en la perspectiva distributiva o cuantitativa, pero al tiempo cerrada a la intervención activa en lo social a través de la utilización de sus resultados por parte de los mismos sujetos a los que investiga. Es muy posible que fuese esta singularidad la que empujó a Jesús Ibáñez a abrir una reflexión metodológica y epistemológica quizá sin parangón en el mundo, la cuál llevó a su cima en *Del Algoritmo al Sujeto* (Ibáñez, 1985). Por supuesto, Ibáñez estuvo muy lejos de dar todas las respuestas, o siquiera de contestar satisfactoriamente a todas las preguntas que él mismo formuló. Es probable que nadie pueda cerrar nunca el debate. Por mi parte, voy a intentar aportar mi granito de arena a la discusión. Lo cierto es que la misma existencia de la metodología cualitativa denota una cierta demanda social de la misma. Queda entonces considerar qué condiciones debe cumplir la investigación cualitativa para que el conocimiento que ofrece al universo pueda redimir sus dificultades éticas.

La búsqueda de una ética que fundamente la práctica cualitativa no puede anclarse en perspectivas positivistas, que de todos modos no encajan demasiado bien con la metodología cualitativa. No, una epistemología que persiga la recuperación de los sujetos que investigamos y que promueva una acción transformadora en y por parte del sujeto investigador no puede partir de la defensa de la objetivación y la distancia emotiva. Así pues, buscaremos en propuestas que no hayan partido del poder, ni de las concepciones dominantes de la ciencia y el conocimiento: aquellas que solemos conocer como *críticas*.

De todas aquellas que el pensamiento social ha producido, siempre me ha parecido que la filosofía de Walter Benjamin es la que más cerca está de la perspectiva cualitativa. Extraño, místico, poético y original, el pensamiento de Benjamin no tiene parangón en la Modernidad, ni siquiera entre sus supuestos compañeros de la Escuela de Frankfurt. Benjamin apostaba por una epistemología que se alejase de la búsqueda de la formalización, la media y la regularidad propias de la ciencia moderna. En su lugar, Benjamin proponía *pensar la ciencia como un arte*: igual que el arte existe en cada obra, la ciencia debería existir en cada objeto. De hecho, Benjamin opinaba que *la verdad es lo opuesto al conocimiento*, ya que éste representa *la voluntad del sujeto por poseer y dominar el objeto*. Benjamin creía en una forma de conocer *inmanente*, que *se perdiera en los objetos* como el paseante se pierde por la gran ciudad, y que por tanto *respetase su carácter finito, inacabado, contradictorio y fragmentado* (Benjamin 1990:27-35; Castro Nogueira 1997:157-69).

Es sencillo observar el paralelo existente entre el pensamiento de Benjamin y la epistemología vinculada a la metodología cualitativa, en especial por su oposición al positivismo científico y a la pasión por el detalle, por dar protagonismo a lo cotidiano, a la vida oculta tras los grandes relatos del poder, y que por supuesto se sublima en esa pretensión que ambos tienen por *considerar la ciencia como un arte*. Éticamente, Benjamin pretendía asimismo que este pensamiento fuera el que sirviese para *hacer saltar la historia*. Al contrario que la inmensa mayoría de los marxistas (y en general todas las metodologías y filosofías de la historia), Benjamin no entendía la historia como un proceso en movimiento. Pensaba que la idea de continuidad histórica es una ilusión. Por el contrario aspiraba a que lo que ofreciese la ciencia (como el arte) fuesen *herramientas para hacer saltar la historia*, liberar mesiánicamente lo reprimido en una explosión de cambio social que redimiese la historia. De ahí su pasión por las ruinas y los fragmentos, como medios que favoreciesen esa ruptura contra la imaginaria continuidad histórica. Las llamaba *imágenes dialécticas* (Benjamin 1973).

¿Pueden los productos de la metodología cualitativa cumplir la función que Benjamin encomendaba a estas imágenes dialécticas? Desde una perspectiva algo más modesta pero análoga, se ha pensado que la gran aportación del cualitativo a la ciencia social es la de *apertura*, de planteamiento de problemas que desafíen el conocimiento vigente y fomenten el debate. Tal es el caso de la denominación de Ibáñez de la perspectiva cualitativo-estructural como una ciencia *nómada* que descubre frente a la ciencia *sedente* de la perspectiva cuantitativa-distributiva, más bien destinada a organizar (1986b: 84). O a la reivindicación de la

abducción de Peirce como auténtica fundamentación argumentativa del cualitativo frente a la inducción y deducción más propias de la ciencia tradicional (Ruíz 2009:23-26). Comparto y me parecen apropiadas estas propuestas como auténtica particularidad epistemológica de la metodología cualitativa. Ahora bien, como investigadores cualitativos hemos de reconocer que no siempre actuamos de esta manera. La *puesta en estructura* que es propia de nuestra perspectiva implica a menudo una formalización (por ejemplo, al mapear los campos en los que se inscriben los discursos analizados, o al construir tipos ideales a partir de los discursos captados en el trabajo de campo) que *subsume* ese pensamiento de fragmentos y discontinuidades, ese pensamiento que aspira a romper y problematizar, en una suerte de fría modelización no tan lejana a las practicadas en otras perspectivas⁵. Y lo que resulta más problemático: muy probablemente la metodología cualitativa, como perspectiva estructural de la sociedad, no pueda prescindir de esta dimensión de su proceder científico, a riesgo quizá de renunciar a todo análisis. Volveremos sobre ello.

Algo similar sucede con la segunda de las posibilidades éticas que propongo para la epistemología cualitativa: la *ética narrativa* del conocido filósofo pragmático norteamericano Richard Rorty. Tratando de vincular las *filosofías de la vida* alemanas de los Nietzsche, Heidegger y Husserl con la tradición pragmatista norteamericana a través del Wittgenstein de las *Investigaciones Filosóficas*, Rorty defiende que las diferencias entre la filosofía y la literatura, o entre la ciencia y la poesía, es ficticia y meramente académica, ya que todo escrito es en realidad una *articulación de juegos de lenguaje* y por tanto, en última instancia, una ficción, pura construcción. Así, Rorty piensa que la filosofía ha tratado de fundamentar el conocimiento, en especial la acción moral, pero que ha fracasado al tratar de hacerlo *dominando racionalmente el mundo*. La literatura en cambio (en especial la novela, pero también la poesía, el cine, el reportaje periodístico o el informe etnográfico) habría hecho mucho más por la mejora moral del mundo, en tanto que ha sido capaz de reflejar mucho más fielmente el *flujo de la vida cotidiana*, poniéndonos en el lugar de otros, haciéndonos empatizar con personas de otros espacios y tiempos, participando de sus sufrimientos y anhelos (Rorty 1989, 1991, 2000).

No cabe duda que el intento de Rorty, como el de todo el movimiento postmoderno, de reducir toda expresión humana a juegos de lenguaje intercambiables exagera al centrarse exclusivamente en la *forma* de tales expresiones sin apreciar el *contenido* que las diferencia. Pero en mi opinión, Rorty ha dado en el clavo al apuntar la narración de experiencias humanas concretas como una de las más poderosas fuentes de inspiración ética tanto para los autores como para los lectores. De hecho, su propuesta coincide en bastantes puntos con la teoría de la moralidad de Bauman (2006:199-232), quién siguiendo a Levinas afirma que toda acción moral es un impulso consustancial a la convivencia entre seres humanos. Sería la cercanía con otras personas la que nos empuja a preocuparnos de los demás, mientras que la tendencia a objetivar y tecnificar la vida humana -propia de la Modernidad- contribuiría a despojar de moralidad nuestras acciones, convirtiendo a los otros en problemas a resolver tecnológica y no éticamente. Así, la ética narrativa, tal y como la plantea Rorty, cumpliría la función de *inclusión del otro* en la representación: en lugar de la *objetivación* propia del discurso científico, en la narrativa los sujetos continúan vivos (*humanos, demasiado humanos* diría Nietzsche), de algún modo tan cercanos como nuestros vecinos. La investigación cualitativa puede, entonces, encontrar aquí uno de sus más fuertes puntos de anclaje ético. Al registrar los discursos de los sujetos, darle voz a los que de corriente no la tienen y transmitir sus vivencias, podemos sensibilizar y poner en contacto la experiencia humana de los investigados, los investigadores, los clientes y en general a quien quiera que lea nuestras obras.

El problema que se nos plantea una vez más es que esos discursos y experiencias que decimos comunicar son *sumergidos en nuestro relato y en nuestro análisis*. Son recortados, descritos, interpretados y por tanto reformulados. Y de nuevo, se trata de algo inevitable. Porque la perspectiva estructural/cualitativa *no se puede limitar a reproducir literalmente lo que los sujetos dicen*. En primer lugar porque es algo que resulta imposible. Pese a todos los

⁵ No en vano, Fernando Conde (1987, 1990) planteó la dimensión espacial como una de las posibles fórmulas de articulación de los métodos cualitativo y cuantitativo, en la medida que las *topologías* producidas tanto al mapear los discursos como al representar espacialmente las frecuencias resultan análogas.

esfuerzos de ciertos postmodernos, la intervención del investigador existe *siempre*⁶, de un modo más o menos manifiesto pero existe: organiza la información, selecciona su orden, construye el relato. La pretensión fenomenológica de reproducir fielmente la perspectiva de los agentes sociales no deja de ser, como sagazmente advirtió Pierre Bourdieu (2003:181), una forma encubierta de positivismo. Presumir que lo que se presenta es el discurso de los sujetos como tal es otra manera de esconderse tras la potencia del dato, lo que en última instancia puede hasta inhabilitar el potencial ético de la narrativa.

Más aún, reproducir los discursos de los sujetos investigados no es sólo un imposible tecnológico y metodológico, sino *una inmensa reducción teórica*. Presentar los discursos de los sujetos como un producto acabado, sin la pertinente interpretación del investigador, supone *dejar de lado el conocimiento de las condiciones de producción de esos mismos discursos* (Bourdieu 1997:116-120; 2003:181): los juegos de poder en los que se encuentran inmersos, los silencios, su carácter *imaginario*, la *violencia simbólica* (la presencia de lo dominante en las categorías de los dominados). Incluso desde la Investigación Acción Participativa -cuya implicación con los sujetos investigados es en principio superior a la que se da en la perspectiva cualitativa- se critica la ingenua visión de Ibáñez sobre las bondades del socioanálisis y la asamblea como medios privilegiados de cambio social a través de la investigación social. La experiencia parece demostrar la necesidad de que los técnicos que participan en estas prácticas intervengan activamente para producir cambios reales: triangulando discursos, dando voz a las minorías, interpretando sus resultados, negociando con la colectividad. Tanto es así, que se defiende la existencia de una perspectiva *praxeológica* (Rodríguez Villasante 1995) que iría más allá de la perspectiva dialéctica teorizada por Ibáñez, en la que se produciría un cierto *cierre* táctico que favoreciese la *apertura* estratégica.

La intervención del investigador es, por tanto, siempre necesaria. Y lo es todavía más en la perspectiva estructural o cualitativa. El investigador cualitativo debe *tratar* los discursos que ha captado. Debe interpretarlos y analizarlos para que éstos emerjan en su plena dimensión social. Sólo así su obra tendrá utilidad y sentido. O dicho en palabras de Pierre Bourdieu (1994:68): "el sociólogo digno de tal nombre no puede ignorar que lo propio de su punto de vista es ser un punto de vista sobre un punto de vista. Solo puede reproducir el punto de vista de su objeto, y constituirlo como tal resituándolo en el espacio social".

Parece que volvemos a encontrarnos en una paradoja de difícil solución. Las posibilidades éticas de la investigación cualitativa exploradas hasta el momento chocan, irremediadamente, con sus necesidades prácticas y sus fundamentos metodológicos. Aportar un conocimiento respetuoso con la fragmentación y la discontinuidad real de la vida, que plantee preguntas antes que soluciones y que se resista a cosificar a los sujetos dando pábulo a sus perspectivas y experiencias vitales, resulta, a priori, contradictorio con la necesaria intervención del investigador que finalmente va a *producir* ese conocimiento, por mucho que afirmemos que tal intervención es del orden de la interpretación antes que del de la dominación. Y de nuevo cabe suponer que es muy posible que no haya ninguna solución definitiva que permita superarla de modo satisfactorio. Pero al menos podemos negociarla, acaso parcialmente. Y para ello, creo que el Adorno de *Dialéctica Negativa* (Adorno 1975) puede ser nuestra principal ayuda. Ya en el ocaso de su carrera, el filósofo muniqués nos recordó el peligro de un pensamiento que aspire a explicar el mundo en su totalidad, lo cuál, como parece demostrar la experiencia histórica, tiende a devenir precisamente en *totalitarismo*. Tampoco se trataría de renunciar a un conocimiento racional de lo existente, camino emprendido posteriormente por los postmodernos. Recuperando el corazón crítico de la filosofía dialéctica, Adorno afirmaba que el verdadero motor del conocimiento es precisamente la *tensión* entre la voluntad de comprender el mundo y la vigilancia ante cualquier pretensión totalizadora del pensamiento. En sus propias palabras: el único reconocimiento posible de la identidad entre concepto y referente es el reconocimiento de su momento de no-identidad. Admitir el carácter *parcial e inacabado* de todo pensamiento es justamente lo que nos empuja a seguir pensando, debatiendo, criticando y por supuesto, investigando: lo que promueve en definitiva que la aventura del conocimiento humano nunca llegue a una meta precisa, y por tanto deba continuar indefinidamente.

⁶ Véase en este sentido la brillante crítica de Eric Hobsbawm (2004:196-204) a los historiadores postmodernos.

Del mismo modo, propongo que la irresoluble contradicción entre las posibles orientaciones éticas y los fundamentos metodológicos a la que se enfrenta la perspectiva cualitativa de la investigación social es precisamente el *impulso* primario que alienta la necesidad de seguir investigando, depurando nuestras prácticas, mejorando nuestros razonamientos y nuestros relatos, ejerciendo esa reflexividad que nos solicitaban Ibáñez y Bourdieu. Como hemos visto, la cualitativa es la perspectiva de investigación en la que la articulación entre epistemología y ética resulta más conflictiva. Mas considero que es precisamente esta problemática la que está en el corazón de nuestra práctica. La búsqueda del *imposible equilibrio* entre el conocimiento inmanente, respetuoso con los discursos de los sujetos, con el flujo de la vida cotidiana en su imperfección, que renuncia a la cosificación de aquellos a quienes estudia por un lado; y la imprescindible intervención activa del investigador (a través de la interpretación, la formalización, el análisis) por otro, es, en mi opinión, el acicate que alimenta la investigación cualitativa. Una búsqueda que, insisto, no tiene fin porque será siempre imperfecta e incompleta; frágil e incómoda en sus realizaciones parciales. Y que por esa misma razón siempre nos invitará a continuar investigando, reflexionando, debatiendo, criticando: aquello que nos reclamase Adorno. Y es también lo que justifica la necesidad de que nuestras prácticas de investigación sean capaces de *vencer las resistencias* que los sujetos ofrecen a la hora de explicitar sus discursos. Siempre, claro está, que no consideremos que este fin justifica cualquier medio.

Llegados a este punto, quizá podríamos darnos por contentos. Hemos encontrado un punto de anclaje, por conflictivo que resulte, entre la ética y la epistemología de la investigación cualitativa. Sin embargo, no estaríamos llegando al nivel más alto de la reflexividad sobre nuestras prácticas de investigación. Hemos indagado sobre el *cómo* (nivel tecnológico) y el *por qué* (nivel metodológico) de la investigación cualitativa. Aún debemos dar el paso hacia el nivel más amplio, más alto de la reflexividad según los definió Jesús Ibáñez (1985:24): el *para qué* de la investigación cualitativa (nivel epistemológico). O más concretamente el *para quién*.

3. La Elección Moral y la Elección en la Investigación como Acciones Sociales

Es casi repetitivo en pleno año 2009 recordar que la investigación científica es una acción social, y que como tal está tan condicionada como cualquier otra. Pese al cierto reflujo del positivismo ya mentado al comienzo del texto, los logros de la ya larga tradición de estudios críticos de la ciencia (Khun, Foucault, Bloor, Woolgar, Latour, Haraway...) son demasiado concluyentes como para poder ignorarlos alegremente. Lo que, desde luego, no tiene por qué implicar una aceptación acrítica de los postulados postmodernos, que con la misma ligereza han querido equiparar ciencia y literatura. No se trata de escoger entre positivismo estrecho o delirio postmoderno, sino aceptar que el carácter construido e histórico de nuestros dispositivos, nuestras representaciones y nuestras teorías sea la más poderosa *motivación* para persistir en la búsqueda de mejores instrumentos teóricos y metodológicos: incentivar en suma la reflexividad científica, tal y como espero estar haciendo en estas líneas. Por esta razón, no podemos detener nuestra exploración de las posibilidades éticas de la investigación cualitativa en una simple cuestión de elección de ciertas prácticas o paradigmas por parte del investigador. Debemos dar un paso más y pensar las *condiciones de posibilidad* de dichas elecciones: el marco social en las que se insertan, posibilitándolas al tiempo que restringiéndolas.

En este nivel de reflexión, la cuestión más urgente es la siguiente: *¿permiten las condiciones sociales de producción de la investigación cualitativa optar por una práctica ética de la misma?* No es una pregunta de fácil solución, en la medida que los condicionantes sociales de la investigación son *múltiples* y se articulan de un modo complejo. Por eso, resulta de enorme ayuda el conocido concepto de *campo social*, acuñado por Pierre Bourdieu (1997, 2000), por su capacidad de articular las dimensiones materiales y simbólicas, externas e internas de la acción social. Pero sobre todo porque respeta el *contexto específico* en el que se producen las prácticas sociales, entendiendo que no existen los mismos criterios ni las mismas opciones en la ciencia o el arte que en el mercado. Esto es, preserva la *autonomía* de cada práctica social. Respecto a los intereses de este texto, el concepto de campo social permite visualizar de un

modo muy completo las condiciones *directas* en las que se produce la investigación cualitativa: el campo científico, la academia. Ahora bien, poner demasiado énfasis en la autonomía de cada campo (y por tanto de cada práctica), como a menudo sucede en la obra de Bourdieu, puede suponer *perder de vista que los campos se encuentran relacionados con contextos más amplios*⁷. Los campos no sólo responden a su propia trayectoria, sino que *reflejan* la evolución histórica de las sociedades en las que se insertan y las influencias *externas* al propio campo. Pensar que el campo científico es ajeno a los poderes extraños al mismo es tan erróneo como suponer que no es sino un metafenómeno de la estructura económica, un poco al modo de la vulgata marxista. La ciencia se *comunica* con el mundo exterior, de diferentes maneras y siguiendo diferentes estrategias. Y por supuesto, sus productos tienen una incidencia colosal en el resto de campos, ergo resulta imposible pensar que el resto de campos no influyan -o al menos traten de influir- de algún modo en el campo científico. Claro está, el recurso que con más éxito puede movilizarse para influir en el campo científico es el de la *financiación*: algo de lo que carece la ciencia pero que necesita imperiosamente. De ahí que, de una manera u otra, la ciencia se encuentre inexorablemente ligada a los grandes poderes modernos, el Estado y el mercado. Por supuesto, esto no significa que la ciencia refleje sólo lo que el poder político o económico desean, por resucitar otro viejo tópico del peor marxismo. Sólo implica que la relación entre la ciencia y el binomio Estado/mercado existe y que, inevitablemente, hace que unos y otra se influyan mutuamente⁸. La vinculación de la ciencia con el poder es pues un problema sobre el que es necesario pensar si se reflexiona sobre la ética y el conocimiento científico.

En este sentido, y volviendo una vez más a Jesús Ibáñez, el sociólogo español supo desde muy pronto observar que la emergencia de la metodología cualitativa, o al menos su auge, se encuentra íntimamente relacionada con la del capitalismo de consumo: la búsqueda de los deseos latentes, de las motivaciones, del universo simbólico en el que éstos tratan de realizarse... (Ibáñez 1979). De ahí que, persiguiendo la potencialidad transformadora en la investigación social, postulase su superación por otra perspectiva, la dialéctica, en la que los investigados pudiesen apropiarse de los resultados de los investigadores. En cualquier caso, Ibáñez nunca fue capaz de materializar dicha perspectiva en prácticas concretas, más allá de vagas alusiones al socioanálisis y la asamblea, que por lo demás, y como ya se ha mencionado, han sido cuestionadas desde la investigación participativa. Esta grave laguna, que ha dado pie a algunas de las mayores críticas a la obra de Ibáñez (Nacach 2003:29-35), ha tratado de ser solventada con mayor o menor fortuna por algunos de sus discípulos.

Javier Callejo por ejemplo, ha planteado que la demanda de investigación cualitativa responde a la necesidad de las sociedades tardomodernas por conocer y controlar los *riesgos* producidos por ellas mismas. Se originaría así una doble reflexividad: del investigador sobre las consecuencias de sus resultados y de la sociedad sobre sí misma gracias al informe del investigador. Estaríamos pues en un punto intermedio del continuum entre las perspectivas estructural y dialéctica (Callejo 1998; 2001:58-63). Empero, el planteamiento de Callejo presenta un problema fundamental: *¿a qué se refiere cuando habla de reflexividad social?* Pensar en una sociedad en abstracto resulta cuanto menos difícil: ¿quién es "la sociedad" que demanda la investigación? Como hemos visto, la principal demanda de la ciencia viene dada por el Estado y el mercado, es decir, por el poder. Hablar de "sociedad reflexiva" no deja de ser un eufemismo tranquilizador para el investigador, que evita así el dilema ético que puede suponerle su contribución a la reproducción del dominio. Lo cual puede resultar especialmente útil para el investigador cualitativo, que, insisto, se encuentra en una de las situaciones éticas más complicadas del campo científico.

De hecho, esta traslación del papel del investigador cualitativo a mero agente de una supuesta "sociedad reflexiva" no deja de ser una voluntaria aceptación de lo que Lachs (1981) y Bauman

⁷ No es este lugar para realizar una crítica del trabajo de Bourdieu, pero no cabe duda que uno de los puntos más débiles de su aportación reside precisamente en la ausencia de una teoría sobre la relación entre los campos, así como del efecto de transferencia que se produce al pertenecer los agentes a diferentes campos.

⁸ Por esta razón, la idea del último Bourdieu (2003a) según la cual la veracidad del conocimiento científico depende de su capacidad para preservar y/o aumentar su autonomía como campo resulta terriblemente ingenua, pese a que contenga su momento de verdad.

(2006:46-50, 180-232) han denominado *el rol del intermediario*, propio de las sociedades modernas. La exhaustiva división del trabajo característica de la Modernidad ha motivado que la mayoría de nosotros *no seamos capaces de ser conscientes de las consecuencias de nuestras acciones*, las cuales se diluyen en una larga cadena de responsabilidades. La virtud moral se ve sustituida por la capacidad técnica (hacer nuestra parte del trabajo lo mejor que podamos o sepamos). Y finalmente la consideración moral de las acciones queda completamente desdibujada, en la medida que quienes deciden no tienen que enfrentarse con las consecuencias de sus decisiones al estar completamente separados de los objetos de las mismas, mientras que aquellos que las ejecutan quedan salvaguardados al no tener la responsabilidad de decidir, sino de cumplir las órdenes tan eficientemente como les sea posible. Afirmar, como lo hace Callejo, que el investigador cualitativo no es sino un agente de una borrosa reflexividad social supone, a mi entender, ajustarse al papel de intermediario, pieza de un mecanismo que excede al propio acto investigador y que, por tanto, le exime de cualquier consideración ética. Un cómodo encogerse de hombros con objeto de cerrar todo posible conflicto moral derivado de la práctica investigadora.

Mas aún, *me cuestiono seriamente que el investigador cualitativo pueda asumir el rol de intermediario*. Como se mencionase unas páginas atrás, Bauman (op. cit.:199-232) opina - contra la tradición fuerte de la sociología de la moralidad que representan principalmente Durkheim y Elias- que la capacidad moral no procede, en ningún caso, de la aceptación o la obediencia a las normas de la sociedad. Por el contrario, la moralidad sería una capacidad humana *innata* que nacería de la *cercanía* y la *convivencia*, del contacto directo con los demás, que nos hace sentirnos unidos, vinculados a otros humanos, y por tanto responsables de ellos, incapaces de cometer actos de crueldad hacia los semejantes⁹. Y esa es precisamente la posición del investigador cualitativo. Pese a ostentar el grado de *tecnócratas* o *especialistas*, nuestra práctica investigadora nos enfrenta a los sujetos como tales sujetos, no como objetos problematizados por el poder. Al vernos frente a los seres humanos que investigamos, por la propia naturaleza de nuestros dispositivos de captura de su acción, toda objetivación posterior se torna en un dilema moral. La cadena de la responsabilidad se interrumpe, se cortocircuita, en tanto la cercanía a nuestros supuestos objetos de estudio nos hace conscientes de las consecuencias de nuestras acciones de investigación. Por otra parte, la posición que ocupamos como intermediarios de un poder que financia o nos encarga la investigación nos obliga a responder ante dicho poder (el cliente). Al contrario de lo que sucede en la investigación participativa, los investigados no van a ser los beneficiarios directos de los resultados del estudio en el que han participado, sino que será el poder quien mayoritariamente se apropie del plusvalor cognitivo generado en el proceso. Así pues, *el investigador cualitativo es un intermediario incapaz de serlo o de dejar de serlo*: consciente de sus acciones por la cercanía con el investigado, pero maniatado para hacerse responsable respecto a éste.

¿Cómo solucionar esta paradoja, sin duda la de más difícil solución de entre todas las que hemos expuesto hasta ahora? El hecho es que la investigación cualitativa ha de existir, lo que implica aceptar, aunque sea críticamente, las limitaciones que ello supone, principalmente la vinculación con el poder. No obstante, el que no poseamos el don de la omnipotencia para decidir nuestras propias condiciones de existencia no implica una renuncia a nuestra capacidad moral. Tanto la acción moral como la investigación social no dejan de ser *acciones sociales*, y como tales están en parte condicionadas socialmente, pero en parte son elecciones nuestras. Estamos insertos en contextos sociales que nos producen como sujetos, pero que no nos condenan al destino prefijado del "tonto cultural" que describía el estructuralismo, sólo limitan nuestras posibilidades de elección, orientándonos con mayor fuerza a unas más que a otras. En última instancia, tenemos la posibilidad de elegir. He aquí la necesidad de la ética (Sánchez Vázquez, 1999). ¿Cómo conciliar la imposible desvinculación de la investigación cualitativa respecto a las estrategias del poder con un proyecto de epistemología ética como el propuesto en el punto precedente? Por enésima vez nos encontramos ante un nudo gordiano. Y la única

⁹ Bauman (op. cit.: 248-50) llega incluso a defender que es la sociedad la que cercena esta capacidad moral de los individuos gracias a tres operaciones: 1) la ya descrita creación de "distancia a la acción" a través de la jerarquía en la toma de decisiones; 2) cosificando a un colectivo; 3) desintegrando al Otro como un compuesto de rasgos funcionales. La segunda y tercera medidas comparten el objetivo de *degradar del rango de ser humano* a determinadas personas o colectivos.

manera que por el momento he encontrado de desatarlo parcialmente ha sido el recurso a la llamada *ética pragmática* (Joas, 2002). El pragmatismo defiende que la única ética válida es aquella que atiende a los *contextos* de la acción moral. Exige una permanente actitud crítica y creativa para resolver como buenamente podamos las situaciones de conflicto moral según se nos presenten, pero teniendo siempre como horizonte una idea: *dejar el mundo un poco mejor de lo que nos lo encontramos*.

En lo que a los dilemas éticos de la investigación cualitativa se refiere, el pragmatismo no puede ofrecernos un arreglo plenamente satisfactorio. Sólo puede alentarnos para confrontar nuestras contradicciones en función de la situación concreta de cada investigador. Por lo que a mí respecta, he hallado mi propia fórmula para vadear el conflicto moral que se me presenta como "intermediario" entre el poder y los sujetos que investigo, sin optar por soluciones utópicas fuera de mi alcance, ni delegar la responsabilidad de mis actos en entidades superiores en la jerarquía de mando. Dado que mi posición me impide objetivar a los investigados o limitar mi intervención a la pura competencia técnica como sucede con la mayoría de los intermediarios, trato de *transmitir* a mi cliente el mismo conflicto. ¿Cómo? Recurriendo a la epistemología descrita en el punto anterior. En mis informes procuro *poner en contacto al cliente con los discursos de los investigados*, de plantearle problemas, rupturas, de que sea tan consciente como yo lo soy de la viva realidad que se esconde tras lo que probablemente hasta ese momento sólo entendiera como problemas a resolver, cuando no a gestionar. En suma, *intento que mi cliente visualice el flujo de la vida cotidiana tal y como lo he interpretado*, y por tanto de *acercarle a esos otros en los que se materializarán las consecuencias de sus decisiones*. De esta manera, me gusta pensar que mi trabajo no es sólo contribuir a la *racionalización* del poder, sino también a su *humanización y moralización*.

4. Concluyendo

El investigador cualitativo se ve sometido a un dilema ético constante en su práctica cotidiana, en tanto que se mide cara a cara con un objeto de estudio que no lo es, que se niega a serlo. Porque en realidad su supuesto objeto de estudio son sus semejantes. Lo cual le lleva a cuestionar sus métodos, sus conocimientos y su propia posición en el mundo. Al mismo tiempo, sus conclusiones siempre chocan con una realidad inexorable: el deber del investigador es *doble*: moral para con sus investigados, material para con sus clientes. Una encrucijada en la que la salida nunca está clara y que continuamente le devuelve a otras nuevas. Y vuelta a empezar. Sostengo que la característica principal de la investigación cualitativa es precisamente esta incómoda posición ética y epistemológica que empuja a quienes la practicamos a un perpetuo (pero sano) ejercicio de reflexividad.

Y eso es lo que he tratado de hacer en estas páginas. Ascendiendo por los diferentes niveles de la reflexividad sociológica según los definiera Jesús Ibáñez, he intentado mostrar las paradojas que encuentro en mi trabajo como investigador cualitativo, que probablemente son comunes a todos los que compartimos este oficio, así como las formas que propongo para tratar de gestionarlas, en tanto que superarlas es imposible. Así:

- A nivel *tecnológico* (cómo se hace), sucede que por una parte, necesitamos *vencer las resistencias* de los sujetos si queremos que emerjan sus discursos de un modo no orientado, no afín a nuestros objetivos y planteamientos. Ello nos obliga a ciertas estrategias que incluyen el engaño y la manipulación de los investigados. ¿Es justificable como medio para el fin superior de registrar los discursos sociales? Desde luego que no. Pero en cierto grado no nos queda otro remedio que emplear ciertos subterfugios que venzan la resistencia de los investigados. Si no, la investigación cualitativa perdería cualquier rasgo de validez científica y de relevancia social.
- A nivel *metodológico* (por qué se hace), propongo que esa relevancia moral por la que la investigación cualitativa encuentra justificadas sus estrategias frente a la resistencia de los investigados reside en la *epistemología de los fragmentos y las imágenes dialécticas* de Benjamin, y a la *ética narrativa* formulada por Rorty. Esto es, la

investigación cualitativa produce un conocimiento moral porque busca ser inmanente a la realidad social, respetuoso con su fragmentación y discontinuidad, que propone problemas y no soluciones, y que transmite las vivencias y experiencias de la sociedad civil. Sin embargo, estas intenciones chocan frontalmente con la exigencia de la *interpretación y el análisis* por parte del investigador, en la medida que si no ponemos los discursos en su contexto social estaríamos renunciando a *comprenderlos*. De nuevo se trata de una contradicción irresoluble que sólo podemos remediar de un modo parcial, tratando de encontrar un precario equilibrio entre ambos extremos. Cómo siempre será un punto inestable, la reflexión sobre nuestros métodos será perpetua, como solicitaba el Adorno de *Dialéctica Negativa*.

- A nivel *epistemológico* (para qué se hace), cabe preguntarse acerca de las condiciones de posibilidad de una opción como la propuesta en el punto anterior. El conocimiento científico se encuentra siempre en un diálogo abierto con los grandes poderes de la Modernidad (el Estado y el mercado), en tanto éstos son los patrones y clientes más habituales de la investigación. Por eso, la mayor parte de los científicos suelen acomodarse en la moderna función del *intermediario*: sustituyen su capacidad moral por la profesionalidad, delegando en otros la toma de decisiones. El investigador cualitativo no puede permitirse este lujo, en tanto su objeto de estudio son personas con las que se ha encontrado cara a cara, y frente a las que por tanto siente un deber moral. Atrapado entre el incompatible deber ante el cliente y los investigados, el investigador cualitativo se enfrenta a una de las posiciones éticas más problemáticas del campo científico. Mi propuesta para negociar este conflicto moral es acercar a los clientes la humanidad realmente existente en la parcela de realidad social que deseaban conocer, apelando así a la responsabilidad moral que proporciona estar frente a los semejantes.

Soy plenamente consciente de que esta propuesta puede pecar de cándida, pues minimiza las estrategias de poder a cuyos fines servirá el conocimiento producido por el investigador cualitativo. Es muy posible que cuando una administración pública (a la sazón el cliente con el que suelo lidiar en mi puesto de trabajo) encarga un estudio esté pensando en cómo ganar las próximas elecciones o cómo las medidas aupearán la carrera del cargo de turno. Sin embargo, no deja de ser cierto que esa misma administración es responsable de la organización de la vida pública y debe tomar medidas al respecto. Aquí, pese a todas las contradicciones que puedan surgirnos, puede intervenir el investigador cualitativo con su doble aportación racionalizadora y humanizadora. Desde la ética pragmática que hemos asumido en estas páginas, es la mejor solución posible que hemos encontrado al dilema moral de la investigación cualitativa.

Con todo, no significa que sea éste el destino final de nuestro viaje. Como he repetido hasta la saciedad en este texto, las paradojas éticas y epistemológicas expuestas son irresolubles, por lo que la reflexión que abren es eterna. Y al igual que la dialéctica negativa de Adorno, aquella que asume la contradicción entre voluntad de conocer el mundo y la renuncia a su explicación total como verdadero núcleo del pensamiento humano, la contradicción moral debe ser aquella que nos empuje a seguir reflexionando sobre nuestros actos, sus sentidos y consecuencias. El propio Bauman (op. cit.:233-40) afirma que en muchas ocasiones las circunstancias nos empujan a tomar decisiones que son inmorales, pero la *vergüenza* que sentimos posteriormente es, al menos, el síntoma de que seguimos manifestando capacidad moral. Sin llegar al extremo de la culpabilidad cristiana, este pensamiento me parece la mejor manera de concluir, por el momento, el camino abierto en este texto.

Referencias

(1975) ADORNO, Theodor W., *Dialéctica Negativa*, Taurus, Madrid, (edición original, 1966).

(1997) ATKINSON, Paul y SILVERMAN, David, "Kundera's Immortality: The Interview Society and the Invention of the Self", *Qualitative Inquiry*, 3, pp. 304-325.

(2006) BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid (edición original, 1989).

- (1973) BENJAMIN, Walter, "Tesis de Filosofía de la Historia". En *Discursos Interrumpidos I*, Taurus, Madrid (edición original, 1940), pp. 175-191.
- (1990) BENJAMIN, Walter, *The Origins of German Tragic Drama*, Verso, Londres (edición original, 1928).
- (2001) BLANCO MERLO, Jose Rubén, "Guerras de la Ciencia, Imposturas Intelectuales y Estudios de la Ciencia", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 94, pp. 129-152.
- (1994) BOURDIEU, Pierre, "Introducción al Socioanálisis", *Versión*, 4, pp. 65-68.
- (1997) BOURDIEU, Pierre, *Razones prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*, Anagrama, Barcelona, (edición original, 1994).
- (2000) BOURDIEU, Pierre, *Cuestiones de Sociología*, Itsmo, Madrid (edición original, 1984).
- (2003a) BOURDIEU, Pierre, *El Oficio de Científico*, Anagrama, Barcelona (edición original, 2001).
- (2003b) BOURDIEU, Pierre, *Las Estructuras Sociales de la Economía*, Anagrama, Barcelona (edición original, 2000).
- (1998) CALLEJO GALLEGO, Javier, "Articulación de Perspectivas Metodológicas: Posibilidades del Grupo de Discusión para una Sociedad Reflexiva", *Papers*, 56, pp. 31-55.
- (2002) CALLEJO GALLEGO, Javier, "Observación, Entrevista y Grupo de Discusión: El Silencio de Tres Prácticas de Investigación", *Revista Española de Salud Pública*, 76, pp. 409-422.
- (1997) CASTRO NOGUEIRA, Luís, *La Risa del Espacio*, Tecnos, Madrid.
- (2001) CASTRO NOGUEIRA, Luís y CASTRO NOGUEIRA, Miguel, "Cuestiones de Metodología Cualitativa", *Empiria*, 4, pp. 165-190.
- (1987) CONDE, Fernando, "Una Propuesta de Uso Conjunto de las Técnicas Cuantitativas Y Cualitativas en la Investigación Social. El Isomorfismo de las Dimensiones Topológicas de Ambas Técnicas", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 39, pp. 213-224.
- (1990) CONDE, Fernando, "Un Ensayo de Articulación de las Perspectivas Cuantitativa y Cualitativa en la Investigación Social", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 51, pp. 91-117.
- (2003) GOLAFSHANI, Nahid, "Understanding Reliability and Validity in Qualitative Research", *The Qualitative Report*, 8 (4), pp. 597-607, <<http://www.nova.edu/ssss/QR/QR8-4/golafshani.pdf>>
- (2001) GUTIÉRREZ BRITO, Jesús, "Elementos No Técnicos para la Conducción de un Grupo de Discusión", *Empiria*, 4, pp. 121-143.
- (2004) GUTIÉRREZ BRITO, Jesús, "El Método de Investigación Psicoanalítico y el Proceso Conversacional en la Investigación Social Cualitativa", *Empiria*, 7, pp. 77-98.
- (2004) HOBBSAWM, Eric, *Sobre la Historia*, Crítica, Barcelona (edición original, 1997).
- (1968) HORKHEIMER, Max, "Teoría Tradicional y Teoría Crítica". En *Teoría Crítica*, Amorrortu, Buenos Aires (edición original, 1937), pp. 223-271.
- (1979) IBÁÑEZ, Jesús, *Más Allá de la Sociología. El Grupo de Discusión: Técnica y Crítica*, Siglo XXI, Madrid.

- (1985) IBÁÑEZ, Jesús, *Del Algoritmo al Sujeto. Perspectivas de la Investigación Social*, Siglo XXI, Madrid.
- (1986a) IBÁÑEZ, Jesús, "Cómo se Realiza una Investigación Mediante Grupos de Discusión". En Manuel García Ferrando, Jesús Ibáñez y Francisco Alvira (comps.), *El Análisis de la Realidad Social. Métodos y Técnicas de Investigación*, Alianza, Madrid, pp. 563-581.
- (1986b) IBÁÑEZ, Jesús, "Perspectivas de la Investigación Social: El Diseño en Tres Perspectivas". En Manuel García Ferrando, Jesús Ibáñez y Francisco Alvira (comps.), *El Análisis de la Realidad Social. Métodos y Técnicas de Investigación*, Alianza, Madrid, pp. 51-85.
- (2002) JOAS, Hans, *Creatividad, Acción y Valores*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- (2008) KONECKI, Krzysztof T., "Triangulation and Dealing with The Realness of Qualitative Research", *Qualitative Sociology Review*, IV (3), pp. 7-28, <http://www.qualitativesociologyreview.org/ENG/archive_eng.php>
- (1981) LACHS, John, *Responsibility and the Individual in the Modern World*, Harvest, Brighton.
- (2002) MORSE, Janice M.; BARRETT, Michael; MAYAN, Maria; OLSON, Karin y SPIERS, Jude, "Verification Strategies for Establishing Reliability and Validity in Qualitative Research", *International Journal of Qualitative Methods*, 1 (2), pp. 1-19.
- (2003) NACACH, Pablo, *A Través del Espejo. Individuo y Sociedad en la Obra de Jesús Ibáñez*, CIS, Madrid.
- (2004) RODRÍGUEZ VICTORIANO, José Manuel, "El Oficio de la Reflexividad. Notas en torno a Pierre Bourdieu y la Tradición Cualitativa en la Sociología Española". En Luis Enrique Alonso, Enrique Martín Criado y José Luis Moreno Pestaña (eds.), *Pierre Bourdieu, las Herramientas del Sociólogo*, Fundamentos, Madrid, pp. 299-316.
- (1989) RORTY, Richard, *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza*, Cátedra, Madrid (edición original, 1979).
- (1991) RORTY, Richard, *Contingencia, Ironía y Solidaridad*, Paidós, Barcelona (edición original, 1989).
- (2000) RORTY, Richard, *Filosofía y Futuro*, Gedisa, Barcelona (edición original, 2000).
- (1984) RICOEUR, Paul, "Técnica y No-Técnica en la Interpretación". En *Hermenéutica y Psicoanálisis*, Aurora, Buenos Aires, pp. 93-103.
- (2009) RUÍZ, Jorge, "Análisis Sociológico del Discurso: Métodos y Lógicas", *Forum: Qualitative Social Research*, 10 (2), Art. 26, <<http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1298/2777>>
- (1999) SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Ética*, Crítica, Barcelona (edición original, 1968).
- (1995) SERRES, Michel, *Atlas*, Cátedra, Madrid (edición original, 1994).
- (2001) VALLES, Miguel, *Entrevistas Cualitativas*, CIS, Madrid.
- (1995) VILLASANTE, Tomás R., "De los Movimientos Sociales a las Metodologías Participativas". En Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (coords.), *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales*, Síntesis, Madrid, pp. 399-424.